

ELOGIO DE MIRTA AGUIRRE

P O R E N R I Q U E S E R P A

Trabajo leído en el homenaje que los escritores cubanos ofrecieron a Mirta Aguirre, por haber obtenido el premio «Justo de Lara» correspondiente al año 1945.

Pan

- I -

Mirto 27/46

HENOS aquí, congregados en amable convivio, para festejar el triunfo de una escritora distinguida; pero también para cumplir una misión de equidad, tal vez de desagravio. Lo primero ha de colmar de íntima complacencia y hasta de plausible orgullo a Mirta Aguirre, a quien le es dable constatar ahora, en conjunto, cuánto respeto, cuánta estimación literaria y cuánta consideración personal acrisolan para ella numerosos escritores cubanos. Pero de lo segundo no es beneficiaria Mirta Aguirre, sino nosotros, sus anfitriones, ya que todo acto de justicia se resuelve, a la postre, en límpido gozo interior y recóndita satisfacción para quien lo ejecuta. Y esta satisfacción y aquel gozo nos han sido deparados por Mirta Aguirre, al aceptar la invitación de compartir con nosotros esta noche, para recibir nuestro pan y nuestro vino como símbolos de nuestro cariño y de nuestra admiración.

Loada sea, pues, nuestra invitada, escritora de claro talento, poeta de fina sensibilidad, abnegada militante de la lucha social, periodista de alerta perspicacia y, no obstante, tan sencilla, tan modesta, que hasta

hoy era físicamente desconocida para muchos de los que hemos venido a rendirle nuestro tributo de alta estimación intelectual.

¿Quién es Mirta Aguirre? ¿Cómo es Mirta Aguirre? Si con anterioridad a la noche de hoy me hubiese dirigido alguien esas preguntas, no hubiera podido darle adecuada contestación. Hasta hace dos horas no sabía yo cuál era el aspecto físico de nuestra huésped; ignoraba todo lo referente a su estatura y su edad; no hubiera podido identificar el color de su piel y de sus cabellos; desconocía, en fin, cuanto corresponde a su textura somática. No era, por lo tanto, amigo personal, es decir, de trato, de Mirta Aguirre. Y no obstante, cuando el afecto y la generosidad de unos cuantos espíritus fraternos me tentaron al placer de pronunciar unas palabras en este homenaje, acepté de inmediato, porque tenía la sensación de que Mirta Aguirre —conocida, estimada, admirada a través de sus versos, de su prosa literaria y de sus trabajos periodísticos— era entrañable amiga mía desde siempre.

Tal vez a muchos les parezca supérflua la anotación de esta experiencia personal. Y hasta alguien, quizá un cultor de la teoría del «arte por el arte», podrá argüir que al artista puro le basta, para sentirse satisfecho, con la creación de su obra, es decir, simplemente con darle expresión a su estado sentimental. Tal postulado, sin embargo, no es cierto. El artista, no importa el grado de pureza con que se haya instalado en su mundo ideal, está imposibilitado de vivir suspenso en el vacío, desasido del suelo como una incorpórea ráfaga de aire. La aspiración última del artista ha de ser, en buenas cuentas, «que los demás hombres participen de lo que él ha vivido.» Por ello sospecho que todo escritor ha de recibir complacido la información de que su obra suscita en un lector resonancias amistosas. Y si el escritor posee la rica calidad humana de Mirta Aguirre, tales sentimientos han de constituir la más conmovedora y conmovedora de las ofrendas. Porque, en verdad, ¿cuál mejor ni más preciado tributo a un escritor, que el exhibirle el resultado de su obra, significarle que su labor no es inútil, demostrarle que las simientes arrojadas por sus manos al viento no van a caer en suelo pedregoso y estéril, sino que, por el contrario, se depositan en tierras lujosas de humus, donde germinan, se desarrollan y florecen para cuajar, al cabo, en frutos de simpatía?

Dotada de exquisita sensibilidad y de una delicada imaginación, dueña de lúcido talento y ebria de noble entusiasmo, Mirta Aguirre ha realizado, bajo las luces tutelares de Martí, García Lorca y Pablo Neruda, una obra poética de excelente calidad. El verso le ha valido para traducir fugitivos estados de alma con innegable virtuosismo. Pero no es, empero, en las confidencias líricas de «Presencia Interior» donde Mirta Aguirre ha dado la cabal medida de su espíritu de artista, ni de su emoción, ni de su amor por el pueblo, ni de sus ansias de justicia social, ni del sentimiento que la mueve por inflexible vocación hacia un ideal de confraternidad humana. Las virtudes más enhiestas de Mirta Aguirre, como mujer y como artista, es menester buscarlas en «Palabras en Juan Cristóbal», un opúsculo pulquísimo y armonioso donde su autora ha sembrado lo más selecto de sí misma. Con mente firme y clara, con sentir cálido y profundo hubo de burilar Mirta Aguirre esas páginas que son, en algunos pasajes, primorosos alardes de elocuencia poética, en los que el énfasis lírico ha sido sabiamente podado por el buen gusto.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

«Palabras en Juan Cristóbal» constituye, a la par que un panegírico de ardiente temperatura, una exégesis moral del héroe de Romain Rolland. Y brinda parejamente la equivalencia de una lección, en la que un discípulo fervoroso ha depurado las enseñanzas más nobles del maestro que es su guía. Mirta Aguirre podía haber estampado al frente de su opúsculo las frases escritas por Stefan Zweig en el pórtico de la biografía que hubo de consagrarle a Romain Rolland. Porque, en realidad, «Palabras en Juan Cristóbal» aspira, como la obra del insigne austriaco, a «significar una profesión de fe hacia un hombre que resultó la más impresionante experiencia moral de nuestra época histórica.» Mirta Aguirre sintió muy profundamente esa experiencia moral que fue Romain Rolland, asimiló plenamente sus enseñanzas y veneró sus postulados con fervor de catecúmeno. Tanto es así, que en ocasiones, al interpretar a Juan Cristóbal, su voz adquiere el tono y, aún más que el tono, el dramático sentido de una confidencia. Y es como si Mirta Aguirre, conmovida y exaltada, pero contenida por un sentimiento de recato, se valiese de un fonógrafo para confiarnos los secretos de su propio corazón.

«Palabras en Juan Cristóbal» es, sin duda, una genuina labor de crítico y de poeta, tan distante del gesto estridente o sensiblero como de la erudición con visos de pedantería; pero henchida de una emoción filtrada por la mente y de una austera sabiduría que surge del corazón. ¡Cómo se siente latir en esas páginas un espíritu apasionado, siempre en tensión, y generoso, grávido de dignidad y nobleza, esforzado, y tan lleno de calor humano, que ni aun en las metáforas al parecer deshumanizadas pierde su contacto con la vida. No hay instante en que sucumba ni se debilite su dignidad, ni su nobleza, ni su afán de solidaridad humana al predicar el amor, la justicia, el bien, la belleza, la rectitud, la honradez y el espíritu de tolerancia. Y todo expresado en una prosa impoluta y transparente, de diurna luminosidad, similar en su belleza a un seno intacto que deja advertir, bajo su aparente dureza de mármol, la urdimbre de las venas y las palpitaciones de la sangre. Prosa serena y pulcra, pero cálida, hecha de encendido entusiasmo, de pasión represada y de buen gusto, para cuajar en un estilo de cristal. No existen aquí hojarascas que dificulten la captura de la flor, ni cáscaras que tornen fatigoso o difícil el hallazgo de la almendra. Todo tropicalismo verbal ha quedado abolido, toda pose de pedante ha sido recusada. La erudición, aunque dejándose adivinar, se oculta pudorosa y discreta. Y no son las palabras trofeos de un artificioso galanteador del diccionario, sino adecuados instrumentos de expresión. No constituyen un fin, sino un medio: limpio y cuidado camino que conduce hacia una meta precisa. Y es por merced de tales cualidades, que la pasión y las ideas se entregan nítidas y exactas, con la desnuda y vibrante claridad de un mediodía.

Mirta Aguirre es una sincera y fervorosa discípula de Romain Rolland. De ahí que durante la lectura de «Palabras en Juan Cristóbal» yo me haya detenido en ocasiones, para meditar sobre la dramática situación en que se ha visto este espíritu honesto y leal, al tener que proceder a la revisión de algún postulado aprendido del maestro. Porque ya Mirta Aguirre sabe, como sabemos todos, que la sola energía del espíritu tiene escaso poder frente a las garras de una fiera. ¡Con qué honda amargura, con qué indecible desilusión debió verificar la exactitud de esa verdad Stefan Zweig, el emocionado biógrafo de Romain Rolland, su hermano y discípulo en la cruzada del amor entre los pueblos contra el odio desatado por la guerra! Tal vez menos estoico, acaso con menos fe que Romain Rolland en el futuro advenimiento del amor universal, se sintió incapaz de seguir presenciando el espectáculo de un mundo amenazado por la barbarie. Y desesperado, impermeable al consuelo y la resignación, se abrió con sus propias manos un atajo hacia la muerte. También Mirta Aguirre, aunque en grado menor, debe de haber padecido la desgarrante decepción que al maestro austriaco le señaló la ruta hacia el suicidio. Tras de sombrías cavilaciones debe de haber llegado a la conclusión de que no siempre, no en todos los instantes se hace posible y fácil predicar el amor, ni la solidaridad universal, ni la mutua comprensión entre los pueblos y los hombres. No es posible, no, darse al amor y mostrarse dócil al propio sacrificio, cuando frente a nosotros se yergue una vociferante horda de bárbaros que, en nombre de una mentida superioridad racial, quiere envilecer todas las tierras del mundo con sus puercas botas de conquistador. Y ante tal conclusión, Mirta Aguirre debe de haber entendido que Romain Rolland no «se le exigía lo que no podía dar: odio. El odio en masa a todo un pueblo, desde Guillermo II hasta Martín Lutero.» No, a Romain Rolland no se le exigía odio, sino el tacto suficiente para comprender que en un mundo amenazado por la fuerza bruta no podía imponer sus fueros la dulzura del amor.

(CONTINUARA MAÑANA)

Paris marzo 22/46

1000233

ELOGIO DE MIRTA AGUIRRE

P O R E N R I Q U E S E R P A

Paris — II — *Mars 23/46*

EL tiempo se encargó de probar que la razón estaba, no de parte de Romain Rolland, sino de sus contradictores. Mirta Aguirre tuvo la evidencia de tal verdad. Y ante esta evidencia vió derrumbarse uno de los pilares de su fe. Tal vez con heroico denuedo haya recordado y repetido entonces unas hermosas palabras que, escritas por ella sobre Romain Rolland, podría aplicarse a sí misma. «Los hombres —ha dicho en «Palabras en Juan Cristóbal»— no son un alma, sino colecciones de almas. Lo aprende en sí mismo. Cambiar de fe no es renegar del credo. Y la verdad, en definitiva, no existe. Existe algo mucho más fuerte y más hermoso, hecho de cardo diario y flor tardía: el esfuerzo continuo de los hombres por hallarla. Quede para los otros la verdad en función estática. El sabe, con el viejo Heráclito, con los dialécticos nuevos, que la vida es movimiento, y contradicción del movimiento. Que la verdad moriría en cuanto la apresase alguien. ¿Qué, pues, que su amor, su confianza, su meta; su entretejida verdad íntima cambie a cada instante? Lo indispensable es que cada vez sea más pura, cada vez mas alta, a cada paso más erguida.»

Convengamos en que, con una filosofía así, comprensiva y sabia, el tránsito de una afirmación desmentida a la búsqueda de una posible verdad no ha de resultar, al parecer, difícil ni doloroso. Pero hay momentos en que el corazón no se deja atropellar por la dialéctica, sino que, por el contrario, se rebela, se yergue airado, protesta y lucha. Y aunque se declare a la postre, no vencido, sino honrosamente convencido, este convencimiento le habrá costado, sin duda, muchos escrúpulos opresores, largos remordimientos y recóndita tortura. No resulta cosa fácil en religión, ni en amor, ni en filosofía, ni en arte, ni en política, en nada, dicho sea concretamente, ser iconoclasta de los propios ídolos o destructor del templo a donde, por espacio de mucho tiempo, concurrimos a orar. Se empuña heroicamente la piqueta demoledora, se levanta y se deja caer con fuerza implacable y sostenida, pero cada golpe repercute en el puño, se trasmite al brazo y atormenta el corazón de quien lo da.

Tal debe de haber ocurrido con Mirta Aguirre. Y fruto, acre y amargo fruto de su conturbación espiritual y de su infinita angustia es el artículo «Fritz en el Banquillo», que hubo de merecer el premio «Justo de Lara». Léase meditadamente «Palabras en Juan Cristóbal», particularmente los párrafos en que se abomina del odio que, según Mirta Aguirre, «los Clemenceau y los Lloyd George y los Ludendorff y los Pershing y los Foch y los Wilson intentan levantar entre todos los hombres, para conseguir otra vez la ruptura del mundo en aliadófilos y germanófilos.» Léase con parejo cuidado el artículo «Fritz en el Banquillo». Y se advertirá que ambos trabajos representan dos polos opuestos, los extremos contrarios de una lanza con dos puntas. En «Fritz en el Banquillo» Mirta Aguirre no adjudica exclusivamente a un grupo de hombres, como había hecho antes, la iniquidad de la guerra, porque al cabo ha llegado a la convicción de que si no existiese Fritz, símbolo del espíritu prusiano, no podría prosperar la infame ambición de un Hitler.

Entre «Palabras en Juan Cristóbal» y «Fritz en el Banquillo» existe un abismo ideológico y sentimental, abierto por un espíritu recto y honrado a costa de su propio desgarramiento interior. Pero la actitud de Mirta Aguirre, su lección de amor a la verdad y de fidelidad al propio espíritu no ha sido unánimemente comprendida. Pequeñas pasiones se han levantado para intentar enturbiar la linfa de su triunfo. Y en torno a «Fritz en el Banquillo» se ha tramado una burda patraña con hilos de incompreensión, de torpeza y de falsedad. Nunca la concesión del «Justo de Lara» había provocado tal desagradable polvareda. Y sin embargo, hubo motivos en anteriores ocasiones para dar inicio y pábulo a la protesta. Porque la verdad es que, salvo escasas excepciones, los trabajos que han recibido el premio violaban, indefectiblemente, las bases del concurso. En alguna oportunidad se ha conferido el galardón a un breve ensayo literario, o a un comprimido de conferencia, o a un artículo de costumbre o a una monserga sentimentaloides; incluso ha sido premiado un reportaje. Y hasta ha ocurrido un caso verdaderamente grave, porque desbordaba de los límites de lo intelectual para invadir los dominios de la ética. Tal fue cuando se le concedió el «Justo de Lara» a un señor que no era periodista profesional. No hubo entonces, empero, ninguna voz que resonara en son de protesta. Ahora, en cambio, se han blandido hasta armas repudiabiles para regatearle su lauro a Mirta Aguirre. Nada ha sido olvidado; nada se ha querido disimular: ni el sentido periodístico del trabajo, ni su estilo, ni su fondo, ni sus implicaciones, ni el pensamiento de su autora, ni su filiación política. Contra ella ha disparado sus más agudos dardos la malevolencia. Tantas, tan disímiles, tan arbitrarias han sido a veces las objeciones, que parece raro, en verdad, que no se haya pedido la resurrección del Santo Oficio, para que sometiese a Mirta Aguirre a la purificación por el fuego, después de hacerle sufrir la excomunión y la tortura.

Entre las críticas formuladas contra «Fritz en el Banquillo» hay una que se refiere al estilo.

Ahora bien, yo pregunto: ¿qué es el estilo? Y sobre todo: ¿cómo debe ser el estilo periodístico?


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Nada más lejos de mi propósito que arriesgar una definición dogmática del estilo periodístico. No me ha poseído aún la fatuidad necesaria para imaginarme en posesión de la verdad absoluta, ni soy suficientemente pedante para erigirme en dómine. Séame excusado, empero, advertir que, en lo que concierne al estilo, casi todo depende, en mi sentir, de las preferencias de cada quien. Nadie, por lo tanto, podrá reprocharme si me complazco en afirmar que «Fritz en el Banquillo» satisface mi gusto en el orden formal, ha sido redactado con incuestionable pericia. Su autora, demasiado artista para rebajarse a utilizar la jerga popular que usan algunos periodistas, ha tenido la discreción suficiente para no alambicar, ni retorcer, ni oscurecer su expresión al dirigirse al público de un diario. No ha descendido a la grosera populacheria de gruesa epidermis; pero tampoco se ha disecado en un feble discurso académico. Su prosa es sencilla, directa, mesurada y diáfana. Y el hecho debe ser encomiásticamente señalado, porque constituye una victoria del buen gusto.

El tema de «Fritz en el Banquillo», en efecto, era un tentador reclamo para el trueno iracundo y la frase contorsionada de odio y rencor. Se prestaba, además, para ofrecer un prodigio de retórica, construido con profusos y ampulosos calificativos, imágenes cursis y desafortunadas metáforas. Pero Mirta Aguirre logró salvar tales peligrosos escollos. No recurrió de hiperbólicos arrequives verbales, ni se ablandó de ñoña sensible. La emoción que la inspiró fue una emoción viril y de buena ley, provocada por un sentimiento de justicia, que halló espontáneamente su adecuada expresión. Y por ello en «Fritz en el Banquillo» acertó Mirta Aguirre a poner interés, amenidad y sentido humano, que para mí son, conjuntamente con la actualidad como imperativo, las virtudes esenciales de un trabajo periodístico.

Pero de las recriminaciones dictadas contra «Fritz en el Banquillo», la más injusta, la más aleve entre todas, es la de que constituye una propaganda en pro de la Unión Soviética. ¡Lástima que la pasión política y el odio ideológico, cuando no el sórdido rencor personal, puedan velar así el entendimiento de los llamados a discutir con juicio ecuánime y claro las cuestiones intelectuales! Porque para nadie es un secreto que en este caso se han visto desmesurados y agresivos gigantes donde ni siquiera existían molinos de viento. Ningun espíritu recto puede discernir en «Fritz en el Banquillo» una propaganda en favor de la URSS, a no ser que se tome por tal una actitud justiciera, que debe ser la de cuántos vieron su libertad y su dignidad amenazadas por las hordas de Hitler. El trabajo de Mirta Aguirre es, desde luego, una enérgica requisitoria; pero no dictada por un fiscal implacable y vengativo, erizado de odio y de rencores, sino por un juez que se limita a pedir que se cumpla la ley. Su solicitud de sanción está inspirada en un espíritu de justicia. Y sus palabras podrían ser repetidas como propias por quienes, en la URSS, en Inglaterra, en Polonia, en Bélgica, en Holanda y en tantos lugares más contemplaron destruidos sus hogares, asolados sus campos de cultivo, asesinados sus hermanos y ametrallados sus mujeres y niños por Fritz, que es la demoníaca encarnación del espíritu prusiano.

No sería excesivamente aventurado afirmar que los ataques contra «Fritz en el Banquillo» han respondido, no al deseo de combatir una inexistente propaganda en pro de la URSS, sino a la subrepticia intención de defender a Alemania. Hay entre nosotros quienes, al parecer, preferirían tratar la cuestión alemana con manos de algodón, envolverla en brumas, suavizar y enmascarar su contorno, dejar invisibles sus entrañas y transmutar su esencia, hasta convertirla en algo inocuo y sin forma. Y tal actitud constituye un pecado, tal vez un delito. Porque la blandura con respecto del espíritu prusiano puede ser indicio de un sentimiento de piadosa conmiseración; pero también es posible que delate una traición a los sufrimientos, la miseria, el hambre y la muerte de millones de hombres que se inmolaron a un ideal de dignidad humana, en una guerra que ellos no habían provocado.

La lección ofrecida por Alemania ha sido terrible; pero existen gentes que rehusan aprenderla. Apenas veinte años después de su derrota en una contienda desencadenada por su ambición, Alemania volvió a hundir al mundo en un infierno de sangre, padecimientos, desolación, locura y muerte. Su espíritu y su pasado pueden integrar los síntomas augurales de su futuro. Lo cual equivale a decir que cuando la tormenta se haya apaciguado; cuando las aguas, vueltas a su nivel impidan constatar la fuerza del huracán que las desbordó, el espíritu prusiano tornará a soñar con el pasado. Tendrá nostalgia de su pretérito, sentirá que su voluntad de poderío, que sus ansias de conquista y su avidez de dominio universal resuciten, como el ave fénix de sus propias cenizas. Y no será raro que en cada hogar alemán se levante entonces un altar con la imagen de Adolfo Hitler, como la de un Moloch sediento de venganza, de sangre y de exterminio. Tal peligro existe en estado latente. Y ante la posibilidad de que pueda manifestarse y amenazar al mundo, bueno es que haya profusas bocas que, como la de Mirta Aguirre, levanten su voz de admonición y de alerta.

fac, marzo 23/46